

Oliver descubre la verdad

Dos días después de la muerte de Sikes, a las tres de la tarde, Oliver se hallaba en un coche de caballos camino de su ciudad natal. Lo acompañaban la señora Maylie, Rose, la señora Bedwin y el buen doctor Losberne. El señor Brownlow y Monks iban detrás, en otro coche. Viajaban en silencio, cada uno ensimismado en sus propias reflexiones.

Conforme se acercaban a la población, los nervios de Oliver iban creciendo. Cuando reconoció la funeraria de Sowerberry, sintió un profundo desagrado, y cuando pasaron junto al hospicio, escondió la cara por puro instinto. Pero aquellas malas impresiones fueron compensadas con una cena espléndida en el lu-



joso hotel de la población, en el que Oliver ni siquiera había soñado con entrar cuando vivía recluso en el hospicio. A las puertas del hotel los esperaba el señor Grimwig, que les dispensó a los recién llegados una cálida bienvenida.

Cenaron en el salón principal, en medio de un silencio expectante. El señor Brownlow no estuvo presente en la cena, lo que hizo que todos se mostraran inquietos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se había ausentado el señor Brownlow? Al fin, a las nueve en punto, Brownlow entró en la sala seguido por un tipo que venía embozado en su abrigo... Cuando Oliver lo vio, se echó a temblar. ¡No podía creérselo! ¡Aquel hombre era el mismo al que había visto en compañía de Fagin a través de la ventana de la casa de campo!

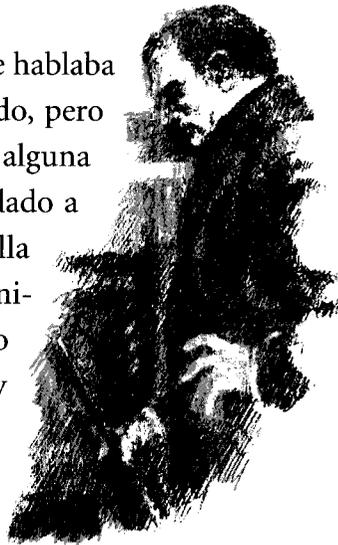
Sí, era Monks, que había estado cenando en su habitación con el señor Brownlow. Cuando vio a Oliver, le lanzó una mirada llena de rencor, pero no abrió la boca, sino que se limitó a sentarse en una silla. El señor Brownlow posó su mano sobre el hombro de Oliver y, mirando a Monks, dijo:

—Aquí traigo la declaración que firmaste en Londres ante notario. En ella consta que este niño, Oliver Twist, es tu hermanastro. Es hijo natural de tu padre, mi estimado amigo Edward Lee-
ford, y de la pobre Agnes Fleming, que murió al dar a luz a Oliver. Pero prefiero que seas tú quien nos lo cuente todo...

—¡De acuerdo! —exclamó Monks—. Mi padre cayó enfermo en Roma y su esposa, es decir, mi madre, y yo fuimos a verlo. Cuando llegamos estaba delirando y ni siquiera nos reconoció. Entre sus papeles encontramos una carta dirigida a esa chica, la tal Agnes, y un testamento.

—Empecemos por la carta —ordenó el señor Brownlow.

—En la carta —dijo Monks—, mi padre hablaba de una joven de la que se había enamorado, pero con la que no se había podido casar por alguna misteriosa razón. Cierta día, le había regalado a aquella muchacha una cajita en la que ella había guardado un mechón de pelo y un anillo de prometida. El anillo llevaba grabado el nombre de ella, que se llamaba Agnes, y a continuación había un espacio en blanco donde debía añadir el apellido Leeford cuando se casase con mi padre.



—Ahora hablemos del testamento —dijo Brownlow.

Monks se quedó callado, y entonces el señor Brownlow continuó la historia diciendo:

—El testamento hablaba de las miserias que mi buen amigo había sufrido por culpa de su mujer, y del vicio, malicia y rebeldía de su hijo primogénito,¹ que eres tú, Edward. Mi amigo había decidido dividir su fortuna en dos partes iguales: una para Agnes Fleming y otra para el hijo que esperaba de ésta, si es que llegaba a nacer y alcanzaba la mayoría de edad. Pero imponía una condición: que el niño que estaba por nacer no podría heredar la fortuna si, durante su infancia, manchaba su nombre con el robo o el crimen.

—Como es lógico, mi madre quemó la carta y el testamento —intervino Monks—, donde se explicaba que, al quedarse embarazada, la joven Agnes se había fugado de su casa por miedo a disgustar a su anciano padre. Al perder a su hija, el viejo cayó en

1 **hijo primogénito:** hijo mayor.

fermo y murió en pocos meses. Eso es lo que me explicó mi madre en su lecho de muerte, y me avisó de que era probable que el hijo bastardo² de mi padre hubiera nacido y estuviera vivo. Yo le juré que, si encontraba al niño, lo acosaría sin descanso día y noche y haría lo posible por cubrirlo de ignominia.³ Investigué, y hace poco localicé las únicas pruebas que quedaban de aquella nefasta⁴ unión.

—¿Y qué ocurrió con el anillo y la cajita? —preguntó el señor Brownlow.

—Los hice desaparecer —respondió Monks.

Brownlow hizo un gesto a su amigo Grimwig, que, tras salir un instante, volvió seguido del señor y la señora Bumble. Cuando Bumble entró, se quedó mirando a Oliver y exclamó:

—¿Me engañan mis ojos o éste es mi queridísimo Oliver?

—¡Vamos, señor, contenga sus emociones! —ironizó el señor Grimwig.

—Señor Bumble, ¿conoce a este hombre? —preguntó el señor Brownlow señalando a Monks.

—No, no lo he visto en toda mi vida.

—¿Y usted, señora Bumble? —dijo Brownlow.

—Yo tampoco.

—¿No le han vendido nada? —preguntó el señor Brownlow con tono burlón.

—Nada de nada —contestó el señor Bumble.

—¿Ni han oído hablar de un anillo y una cajita con un mechón de pelo?

2 **bastardo:** nacido fuera del matrimonio.

3 Es decir, 'por cubrirlo de mala fama'.

4 **nefasta:** desgraciada.

—No —dijeron al unísono el señor y la señora Bumble.

El señor Brownlow hizo una nueva seña, y Grimwig salió del salón y regresó con dos ancianas.

—La noche en que la vieja Sally murió, señora Bumble —continuó el señor Brownlow—, usted cerró la puerta, pero al otro lado había dos mujeres que lo oyeron todo y que vieron lo que pasaba dentro de la habitación a través del ojo de la cerradura.

Entonces, una de las ancianas dio un paso adelante y dijo:

—Yo oí lo que te decía la vieja Sally...

—Y al día siguiente las dos te vimos entrar en la casa de empeños... —explicó la otra anciana.

—Señora Bumble, ¿quiere que traigamos al dueño de la casa de empeños? —preguntó el señor Brownlow, que empezaba a disfrutar con el interrogatorio.

—No —contestó la señora Bumble—. Si Monks ha sido tan cobarde como para confesarlo todo, yo no tengo por qué hacerme la fuerte. Es verdad que yo le vendí el anillo y la dichosa caja a ese hombre. ¿Qué va a hacerme ahora?

—Encargarme de que ni usted ni su marido vuelvan a ejercer jamás un cargo público. Y ahora, pueden marcharse. Ustedes también, muchas gracias —añadió el señor Brownlow dirigiéndose a las dos ancianas.

—¿Quiere decir que a lo mejor no puedo volver a ser bedel? —preguntó el señor Bumble.

—Digo que, con toda seguridad, no volverá a serlo —respondió, con voz terminante, el señor Brownlow.

—Pero si fue ella... —dijo Bumble señalando a su esposa, que ya salía por la puerta—. ¡Fue todo culpa suya!

—A los ojos de la ley, es usted cómplice.

—Entonces la ley es tonta... —sentenció Bumble, que se colocó el sombrero y salió muy estirado de la habitación.

—Y ahora, Monks, ¿puedes decirme si conoces a esta señorita? —preguntó el señor Brownlow, poniendo su mano sobre el hombro de Rose.

—Sí —contestó Monks.

—Yo jamás lo había visto —replicó Rose, alarmada.

—Pero yo a ti sí —dijo Monks.

—Agnes, la desdichada madre de Oliver, tenía una hermana pequeña... —dijo el señor Brownlow.

—Sí. Se llamaba Rose, y fue acogida por una viuda que vivía en Chester, la señora Maylie, aquí presente.

Monks sabía que no le quedaba más remedio que confesar.

Oliver y Rose se miraron y, con los ojos bañados en lágrimas, se fundieron en un fuerte abrazo.

—¡Soy tu tía! ¡Mi querido Oliver! —dijo Rose.

—¡Mi tía, no! —corrigió el niño—. ¡Mi hermana! ¡Mi mejor amiga!

